



Madrid Comico

Director: SINESIO DELSADO

AUTORES CÓMICOS

EDUARDO NAVARRO GONZALVO



Lab.º de L. Bravo, Desaguado, 14 y Carbon. 7.

Es fecundo como pocos,
y escribe con mucha gracia,
y se va á hacer millonario
si cobra como trabaja.

Lo han partido por el eje,
pero han doblado su fama
con haberle prohibido
El puesto de las castañas.

SUMARIO

TEXTO.—De todo un poco, por Luis Taboada.—El triunvirato, por Ricardo de la Vega.—Dama matambra, por José Estremera.—A la vuelta, por Constantino Gil.—Casos, por Eduardo de Palacio.—Pléridio, por Sinesio Delgado.—Fomento de la maciza, por Manuel Oterosio Bernard.—Recuerdos míos, por Juan Arévalo.—Epigramas, por Manuel Arias.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS.—Eduardo Navarro-Gonzalvo.—Fitas.—Economía doméstica, por Cilla.



Todas las mañanas suben la Cuesta de San Vicente muchas familias que proceden de las poblaciones del Norte, y no pocas que han veraneado en villorrios acreditados. La capital de España vuelve á adquirir su fisonomía propia: ya andan por ahí los matrimonios bien avenidos y las chicas de mala alimentación visitando por las noches los escaparates de las tiendas; ya los jóvenes de buena ropa acuden á los cafés para referir las peripecias de sus viajes de recreo, y por todas partes se oyen conversaciones parecidas á esta:

—Pero, ¿han llegado VV. ya?

—Ya lo ve V.

—¿Les han probado á VV. las aguas?

—Nosotras sólo hemos tomado pulverizaciones. El único que se ha bañado ha sido mi esposo. ¡Como tiene aquella pierna así!

—¿No sabía nadar...

—Pues hace tres años que no la mueve.

—¿Y qué es ello?

—La cosa más rara del mundo. El era muy aficionado á la salsa de tomate, y un día fué y se comió una salsera; después bebió un vaso de agua de vejeto, por equivocación, creyendo que era horchata de chufas, y por fin, se marchó á oír una conferencia del padre Cámara. No se sabe si fué el tomate, el agua de vejeto ó la conferencia; pero lo cierto es, que le salió una erupción cutánea, y por más azufre que le dimos, no se le pudo secar; hasta que una tarde, estando en San José rezando sus oraciones, sintió unas punzadas en la pierna, y tuvo que agarrarse á un sacerdote para no caer. Desde entonces, no sabemos qué hacer con aquella pierna.

Casi todos los días encuentra uno caras conocidas en la Puerta del Sol; caras de personas que regresan al hogar doméstico perfectamente ventiladas.

—¡Caramba, chico! Vienes más moreno. ¿Los aires del mar sin duda?...

—¡Quia! Hemos estado en Navalcarnero.

—Pues tienes el color más oscuro.

—Es que fué con nosotros mi suegra y me ha estado pudriendo la sangre toda la temporada.

Los omnibus á domicilio conducen estos días desde la estación del Norte gran número de familias decentes, pero ajadas por el traqueteo del tren y el polvillo negro de la locomotora.

Las señoras mayores y voluminosas traen las ropas en desorden, los encajes arrugados, los sombreros alicaídos y las carnes en adobo. Algunas vienen abanicándose con un melón, porque han perdido el abanico en el viaje; otras bajan del tren cargadas con una cesta, un botijo de leche de las Navas y un niño de pocos meses que ladra como cualquier perro natural. Muchos esposos, entre gruñidos y exclamaciones de verdadero arrepentimiento, conducen á sus esposas é hijos al omnibus que ha de trasladarles al hogar, y en su aturdimiento pierden el lío de los paraguas, ó el saco de noche, ó la sombrerera. Uno conózco que perdió un niño de cinco años y vino á encontrarle, al cabo de diez horas, dentro de un vagón y con la cabeza metida debajo de los almohadones.

Al entrar este padre desgraciado en su casa, después de

una ausencia de dos meses, vió con asombro que por un descuido de la criada el gato se había comido un macho de perdiz por el que ya le daban cinco duros si lo hubiera querido vender; además, el aire había roto doce cristales, y una palangana, y unos floreros de conchitas hechos por su abuelita, que era del propio Santander.

—¿Y el gato? ¿Dónde está el gato?—preguntó el dueño de la casa.

—Le tengo castigado—contestó la doméstica.

—¿Dónde?

—En el ropero.

Cuando quisieron ex-carcelar al animalito, todos los presentes lanzaron una exclamación de dolor. El gato no era más que un cadáver; pero antes de serlo había destrozado con las uñas varias prendas de vestir y el sombrero de copa de su amo, juntamente con unas cuantas páginas de la Biblia de Carulla, que habían puesto á secar.

**

Fuera de estos sucesos que afectan únicamente á los que se van de Madrid dejándose el gato, puede decirse que no sucede nada.

Hay menos robos, sin duda porque ya no queda cosa que robar, y se suicida mucha menos gente, tal vez porque nos hemos ido acostumbrando á los conservadores y todo lo demás nos parece benigno y baladí, el cólera inclusive.

Quedan, sin embargo, algunos desesperados que al verse sin dinero y sin ilusiones se entregan al periodismo ó á la lectura de los versos de Cánovas ó á la borrachera, para ver si revientan.

Entre éstos figura un joven á quien dió calabazas su novia á pretexto de que usaba calzoncillos de punto.

—Rafael—le dijo ella,—ó te quitas esos calzoncillos, ó tronamos.

—Mujer, es una costumbre que contraje desde que era chiquitín.

—Pues no cuentes conmigo para nada.

—Pero...

—O los calzoncillos, ó mi amor.

Rafael quiso prescindir de los calzoncillos de punto, pero no pudo vivir sin ellos, y entonces la joven le plantó en el arroyo.

Hoy él anda por ahí bebiendo copas de triple anís, para que se le suban á la cabeza y le quiten el recuerdo amargo de su infortunio, y con tan plausible motivo, coge unas borracheras que asustan.

La mayor parte de los borrachos comenzaron como Rafael; el amor les ha conducido á la taberna.

Y menos mal; porque hay otros muchos á quienes el amor les ha conducido á la Vicaría.

**

Ya están fijados en las esquinas los carteles anunciando la temporada cómica próxima á inaugurarse.

Las listas de las compañías son buenas á Dios gracias. Los autores, á su vez, dan la última mano á las obras, y el público se dispone á gozar honestamente.

Razones todas ellas que me obligan á suspender por hoy mi revista.

Ante la serie de acontecimientos que se preparan, el hombre menos misántropo tiene por fuerza que entregarse á la meditación. Meditemos.

LUIS TABOADA.

TRIUNVIRATO

Sinesio, Pepe y Ramón
pasean en reunión
por la coronada villa.
¿Y tú sabes quiénes son?
—Delgado, Estremera y Cilla.
Delgado, joven sencillito,
es el amo, como ves;
Cilla dibuja con brillo;

y Pepe Estremera es
el autor de *El Ventanillo*.
Si vas á paseo al Prado,
allí están por de conado,
sin que el frío de la tarde
les asuste ni acobarde,
Cilla, Estremera y Delgado.
Vete á un teatro cualquiera;

vete al de la Corredera, que no es ningún adofesio, y si ves allí á Estremera, busca á Ramón y Sinésio.

¿Necesitas á Ramón para alguna *ilustración*? Pues pégate un buen julepe, y busca la habitación que ocupen Sinésio ó Pepe.

Yo me llevaría un mico si Delgado, que es buen chico, y que sabe de política, fuera en situación tan crítica á parar al *Asónico*.

En tan lóbrega mansión, á manera de difuntos, se encontraría, ¡oh baldón! con tres capuchones juntos: Sinésio, Pepe y Ramón.

Una patrona jamona, pero muy buena persona, los tuvo en su casa un mes; y resultó que los tres andaban con la patrona.

Se bañó Ramón un día;

y con una regadera tomó una ducha tan fría, que les dió una pulmonía á Delgado y á Estremera.

Estremera Pepe una obrilla; el coliseo se llena de la gente que más brilla: llama el público á la escena al autor, y sale Cilla.

Lo que yo no me he explicado, es por qué Cilla y Delgado no buscan, como Estremera, una dulce compañera; porque Estremera es casado.

Pero ya se casarán por cubrir el *qué dirán* y que nadie les increpe y porque así imitarán á su compañero Pepe.

Y un día en el panteón leerás esta inscripción sencilla y sin aparato: «Aquí yace el triunvirato. Sinésio, Pepe y Ramón.»

RICARDO DE LA VEGA.

DANZA MACABRA

I

En la venta del camino entró á comer el viajero.

—¿Por qué en la próxima aldea la campana toca á muerto?

Así pregunta á la moza que á la mesa está sirviendo, y la moza le responde, dando señales de miedo:

—Hoy es día de difuntos, señor, y doblan por ellos.

—Incómodo es el sonido y pesado el clamoreo.

Echame vino, machacha, y dame de paso un beso,

y mientras aquí vivamos, que aguarden los que murieron.

Bebe y ríe el caminante, dice á la moza requiebros

y con ella se permite donaires y atrevimientos.

En tanto, por el camino todo reposa en silencio;

sólo en la aldea cercana la campana toca á muerto.

II

Terminada la comida, consumido el mosto añejo,

manda el viajero á la moza que ensillen su jaco presto.

—¿De noche por esos campos va á cruzar el caballero?

—pregunta la moza al huésped, dando señales de miedo.

Sin duda el señor olvida que es hoy día de los muertos,

y que al cruzar por los campos á nadie ha de hallar en ellos.

—Mejor; si nadie transita, no habrá estorbos por en medio.

—No sabe qué que esta noche, según dice un cuento viejo,

dejan las almas en pena las tumbas del cementerio,

y tienen alegre baile, y tienen fiesta y jaleo,

y salen á los caminos y asustan á los viajeros?

—Esos son cuentos de viejas, y á mí no me asustan cuentos.

Venga mi jaco; adiós, prenda, y hasta la vuelta, si vuelvo.

—Sale de la venta, monta, pica espuela el caballero...

y todavía en la aldea la campana toca á muerto.

III

Sin preocuparse el jinete, camina á trote ligero;

siguiéndole de la aldea van los funerales ecos.

El, encontrando importuno

é incómodo el clamoreo, pica espuelas al caballo,

para ponerle más lejos. Al fin de la aldea el toque

funeral no trae el viento; pero la noche callada

va al caminante siguiendo. Cierra la noche y semejan

las estréllas en el cielo candelillas, que se encienden

para alumbrar á los muertos. Ya se oye de otras campanas

el doble pausado y lento, y cruzan ante el jinete

los silenciosos murciélagos; se oyen los cantos del buho,

del cárabo los lamentos, y ya siente el caminante

algo parecido al miedo; porque siempre, acompañando

aquellos funebres ecos, allá en la lejana torre

la campana toca á muerto.

IV

Se oyen cerca otras campanas... Son las de aquel cementerio.

Allí los altos cipreses, agitados por el viento,

parecen fantasmas vivos, centinelas de los muertos.

Sones de fiesta y de holgorio se oyen del recinto dentro,

cantares tristes y vagos, de una guitarra el rasgueo.

Acaso, acaso tenían razón los antiguos cuentos,

y dejando los difuntos sus tumbas del cementerio,

hoy tienen alegre baile, y tienen fiesta y jaleo.

Esto el pobre caminante pensó para sus adentros,

y por el mismo peligro atraído, en un momento

va hacia el cementerio y llega junto á la verja de hierro.

Llama.—¿Quién va?—le preguntan.

—Abraham, voto al infierno, ya sean brujas ó duendes,

fantasmas ó diablos sueltos.—

Mohino y mal humorado salió á la verja un labriego

y ¿qué quiere?—preguntóle, echando tacos y ternos.—

—¿Qué ocurre aquí?—Nada malo. Tenemos baile y jaleo,

porque casó esta mañana á su hija el sepulturero.—

Marchóse corrido el otro, puso al trote á su jamelgo...

y aún la campana seguía tocando tranquilamente á muerto.

JOSÉ ESTREMER.

A LA VUELTA

—Benito!

—¿Sinforiano!

—¿Eres tú?

—El mismo.

—¿Venga un abrazo!... ¡Eh!... Espera un poco. ¿De dónde vienes?

—De Calambrejos; el pueblo de mi mujer. ¿No te dije que nos íbamos?

—¿Y... allí no ha habido?

—No, hombre, no; bueno es el alcalde. ¡Más brutal!... Es primo de mi mujer, conque no te digo...

—¿Y qué tal? ¿Habéis pasado mucho miedo?

—Como todos, chico. Pero la verdad es que allí nos hemos salvado en una tabla.

—¿Sí, eh?

—Y gracias á mis precauciones, que si no... Pero yo, nada, desde el primer día me formalicé, y di orden á toda la familia que siguiese mi ejemplo, con el cual me había salvado el 55 y el 65.

—¿Dónde estuviste esos años?

—En un pueblo donde afortunadamente no hubo nada; pero yo entonces me tracé un plan, y gracias á él... así es que este año me propuse hacer exactamente lo mismo.

—¿Y qué has hecho?

—Pues nada, entregarme á la cebada.

—¿Qué? ¿Te has alimentado todo el verano con cebada?

—Sí, hombre; pero ha sido *perlada*. Todas las mañanitas en cuanto me despertaba, ya se sabía, mi chico de cebada, y andando.

—¿Y nada más?

—Nada; ya ves que es bien sencillo. Así es que pienso publicarlo en los periódicos para que se sepa y lo pongan en práctica en los puntos donde haya epidemia.

—¿Pero en Calambrejos ha habido algo?

—No, ya te he dicho que no. ¿Pero hemos estado expuestísimos!

—¿De veras?

—Mucho. Figúrate que con motivo de haberse muerto un sobrino del señor cura, que vivía en Granada, se empuñó el tío en telegrafiarle.

—¿A quién, al muerto?

—No; á su padre. Y apesar de todas las reflexiones que yo le hice, el bueno del cura, sin encomendarse á Dios ni al diablo, en un día recibió de Granada nada menos que tres partes, cuando la epidemia estaba allí en toda su fuerza. Ya ves que fué un milagro que no nos contagiásemos.

—¿Sí, aunque yo creo que por teléfono...

—Ríete, hombre, ríete. ¿No se trasmite también la voz cuando usan los alambres para el teléfono? Pues entonces... gracias que yo prohibí á la familia que saliese de casa en tres días, y les mandé á todos que en la iglesia procurasen volverse de espaldas cuando el cura echase la bendición, que si no... lo cazamos.

—¿Sí; no es malo tomar precauciones.

—Ya lo creo. ¿Y aquí en Madrid, qué tal lo habéis pasado?

—Muy mal, como en todas partes. Y nosotros también puede decirse que vivimos de milagro.

—¿Qué, en tu casa hubo algo?

—No. Pero figúrate que de todos los vecinos, no hemos quedado este verano en la casa más que tres. Mi mujer, yo y la gata. Y sin embargo, nada, ni un mal arañazo. Ya ves, lo que yo le digo á mi mujer. No siendo más que tres...

—¿Sí, con mucha facilidad se os podía haber colado en casa.

—No lo digo precisamente por eso, pero podía haber sucedido, porque la verdad es que ha caído mucha gente.

—Sólo que lo han ocultado.

—¿Pues ya lo creo! Yo lo sé de buena tinta, porque tengo un amigo en Beneficencia y Sanidad, que es el que lleva la cuenta, y á ése no se le escapa uno.

—¿Y qué, qué dice?

—Cosas que asustan. Según él, han muerto este verano en toda España, sobre quinientas mil ó seiscientas mil personas de ambos sexos, docena más ó menos; y en Madrid, por encima de cuarenta mil; por supuesto, también de ambos sexos.

—Sin contar los de uno.

—Naturalmente!

—Ni los párvulos.

—¿Claro!

—Ni los adulterinos.

—Por supuesto.

—Y viceversa.

—¿Sí, se comprende.

—No te digo nada de los muchos *casos* de que él ha hecho

PÍTIMAS



—Oigasté, compare, ¿tiene usted callos?
—Sí, señor.
—Pues hágase usted las botas anchas...



—Vamos, hombre, luego dicen que el dinero sirve de algo. Aunque yo fuera Roschid, ¿tendría mayor borrachera que la que tengo?



Aunque tengo diez copas dentro del cuerpo, algo que buscar otra... para el sombrero.



La posición no es muy buena, pero la amistad me impide... ¡Como éste está tan borracho se cae en cuanto me quite!



—¿Tiene V. *Los niños de Écija*?
—Sí, señor.
—Pues tenga V. mucho ojo, porque se va V. a quedar sin un libro.



—Camará, ¿me empresta ostedé doz reales?
—Aspérese ostedé un ratiyo, compare, que voy a cambiá la pezeta.

coso omiso, que son los más; como que me han asegurado que hubo días en que murieron tantos infelices que el Gobierno, para que no se supiera, los metía por la noche en el ferrocarril de *circunvolución*, los llevaba a la fábrica del gas, y ¡cataplum!... a la caldera con ellos.

—Pero ¡hombre! eso pudo ser muy perjudicial, porque si hacían el gas quemando esa pobre gente, ¿quién te dice a ti que luego el mismo gas no podía infestar todo?

—Ya... ya cayeron en la cuenta — según me han dicho. Y por eso dieron aquella orden de dejar a Madrid casi a oscuras todas las noches, hasta que quemaron todos los que habían metido en la caldera.

—Pues no habéis escapado de mala.

—¡Gracias que la gente no lo supo, y eso que algunos empezaron a escamarse, porque en cuanto encendían el gas, había en Madrid un olor a cuerno quemado!...

—¡Y qué cosas tan raras han sucedido! ¡Querías creer que yo he leído con mucho cuidado los nombres de todos los invadidos, cuando publicaban la lista los periódicos, y he observado que no ha muerto ningún Bárbaro!

—¿De veras?

—Lo que oyes.

—¡Sin embargo! quien ha muerto hace pocos días es nuestro amigo Silvestre; y lo que es más triste, por no seguir mis consejos.

—¿Se atracaría de pepinos!

—Todo lo contrario; hasta mandó tapar con unos trapos blancos unos bodegones que tenía en las paredes de su comedor.

—Si, ya me acuerdo; cuatro cuadros muy bonitos donde había pintados unos melones y unos higos, y unos melocotones que parecían vivos.

—¿Vivos?

—De veras, quiero decir.

—Pues bien; anteaer, como todo el mundo dice que ya no hay nada, cometió la tontería de destapar los dichos cuadros, y mientras estuvo almorzando no le quitó los ojos a una cortada de sandía que hay en uno de los bodegones.

—¿Y qué?

—Nada, que aunque parezca una majadería, le dió un cólico, y se ha ido al otro mundo sin comerlo ni beberlo.

—Naturalmente.

—Lo que yo le digo a mi mujer. La otra noche fuimos a pasar un ratito a casa de nuestra tía Remedios, y dió la casualidad de que había un joven que estudia para primer premio del Conservatorio.

—Y qué, ¿tuvisteis algún disgusto!

—No, sino que se empeñaron todos en que tocara el piano alguna cosita, y la tocó, y muy bien por cierto. Pero luego empezaron todos a hablar de él y a rogarle que tocara algo más, y como se llama Manzano, no se oía en la sala otra cosa que ¡Manzano!... ¡Manzano!... Entonces yo, que conozco lo impresionable que es mi mujer, la dije: —Mira, vámonos, no sea que a ti se te meta en la cabeza eso de Manzano, y se te indigeste, y luego tengamos algún contratiempo.

—¿Y te la llevaste?

—Pues es claro. Y me alegro mucho, porque al salir de la tertulia, se cayó un caballero por las escaleras, y se *facturó* una pierna. Conque no te digo si llegamos a quedarnos cinco minutos más.

—Sí... sí, en estos tiempos no hay que cometer imprudencias.

(Tomado al vido.)

CONSTANTINO GIL.

CASOS

Dicen que mi vecina
tiene microbios;
que por eso la dejan
todos sus novios,
y yo no la hablo:
huyo de mi vecina
como del diablo!
Anoche me dijeron
de una señora:
«Está con el bacilio
ya hace una hora.»
A la carrera
bajé todos los ramos
de la escalera.
Sé que está mi casero
con la *vigilante*,
digo, que sé que toma
que se las pela.
¿Y yo qué hago?
me acuerdo en mi casa
yo no le pagó!

Sé que está un prestamista
de los notorios
con los primeros mícos
premonitorios;
Yo, si Dios quiere,
no volveré a pagarle,
por si se muere.
Uno que fué soldado
de artillería,
me dijo: «No hay bacterias,
son baterías,
pero la gente
no ha servido en el arma
precisamente...»
Conozco a un personaje
que no concibe
cómo hay quien use comas
siempre que escribe.
¿Y yo qué hago?
Pues nada, que las comas
se le *han rentado*.

Apenas en la calle
da un hombre un paso,
se tropieza con alguien
que hable de un caso.

Pero hasta verlo,
yo no hago caso... digo,
no pienso serlo.
—EDUARDO DE PALACIO.

PICADILLO (1)

—¿Cómo está López? —Tan gordo.
—¿Y su familia? —Tan buena.
—Ya he leído la cartita en que a usted le recomienda, y veo que tiene empeño en que yo le favorezca.
—Es muy amigo de casa.
—Ya se conoce en la muestra, y puede usted estar seguro de que yo haré lo que pueda.
¿A qué viene usted a la corte?
—Pues... a ver lo que se pesca.
—¿Y qué pide usted?
—Auxilio para meter la cabeza.
—¿Está usted dispuesto?
—A todo.
—¿En cualquier parte?
—En cualquiera.
—¿Usted ha estudiado?
—Nada.
—¿Sabe usted escribir?
—Apenas.
—Entonces, ¿qué sabe usted?
—Lo que se aprende en la escuela.
—No es gran cosa.
—No, señor, y crea usted que me pesa.
—¿Usted es audaz?
—Demasiado, y ya estoy dando la prueba.
—¿Nada de modestia?
—Nada; yo no sé lo que es modestia.
—¿Se mete usted en todas partes?
—En el infierno aunque sea.
—¿Tiene usted vergüenza?
—Poca.

—¿Miedo? —Memos que vergüenza.
—¿Y en política, qué tal? —En eso no tengo ideas y puedo ser partidario de las que más me convengan.
—Para llegar a la cumbre, ¿gube usted cuál es el lema? —Despreciar a los vencidos y adular a los que vencen.
—Es usted buen chico. —Gracias.
—A ver la cuestión de Hacienda: ¿grac usé dinero? —Poco.
—¿Y qué hará usted si lo aumentan? —Pues... gastármelo y no dar ni a mi padre una peseta.
—¿Y qué hará usted si se acaba? —Pedírselo al que lo tenga.
—¿Cómo se pide? —Mintiéndolo.
—¿Y cuando nadie lo crea? —Los necios nunca se acaban, y ese caso nunca llega.
—Usted es una alhaja, joven. —Tenía yo esa sospecha.
—Vuelva usted dentro de un rato, que voy a escribir dos letras y le darán un destino.
—¿Usted es mi providencia! —Y usted vale mucho. —Gracias.
—Más de lo que usted se piensa. —Pues hasta luego, don Lucas. —Hasta luego, buena pieza. —(Este señor es un peine.) —(Este chico hará carrera.)

SINESIO DELGADO.

FOMENTO DE LA MARINA

Ahora parece que va de veras. Quiero decir, que al cabo volveremos a tener buques.

El Gobierno ha resuelto adquirir dos acorazados; tiene en construcción otros tres en arsenales extranjeros, y en los nacionales no se descansa tampoco. Todo esto con independencia del proyectado buque *Ejército*; con independencia del que habrá de titularse *Patria*, y que sirve hasta ahora para que a la sombra de la idea patriótica se digan muchísimas tonterías en la lista de suscripciones de *El Liberal*; con independencia del crucero que va a costear solito un vecino de Sevilla, y de otros muchísimos barcos que intentan construir, ya las provincias, ya los Ayuntamientos, ya las clases pasivas, y otras clases que no lo son.

Dentro de poco veremos, pues, surcar los mares una escuadra más numerosa que la *Invincible*, de triste recordación, y hasta podrán establecerse puentes de barcas entre la Península y las islas Carolinas.

Esto no impide que los proyectistas se despachen a su gusto para arbitrar medios con que fomentar la marina de guerra.

Un amigo mío, cuya razón no estuvo nunca muy firme, pero que ha acabado de perderla leyendo *Diarios de Sesiones de Cortes*, quiere contribuir a aquel anhelado objeto, y dice que posee un secreto para ello. —Ya sé yo —dice— que habrá de tropezar con intransigencias religiosas y dificultades de expropiación; pero, si éstas se vencen, yo me ofrezco a poner en el mar en un día dado quince ó veinte mil naves. —Y bajando la voz, añade: las naves de los templos.

—Es verdad —le contesta otro amigo llevándole la corriente; —y también podría Ducazcal entregar *El bergantín Adelante*, que tiene en el Teatro del Retiro.

—¿Y para tripularlo?

(1) Esta composición y las dos del mismo título publicadas en los números 129 y 130 forman parte de otras tantas comedias inéditas, aunque me esté mal el decirlo. —(N. del A.)

—Para tripularlo, utilizar los *Marinos en tierra*, de Sáenz Pérez.

—Y utilizar *La nave sin piloto*, que construyó Jacinto Labaila.

—Ya; pero sin piloto...

—Se le agrega *Pablo el Marino*.

—Envíese también, aunque viejo, *El buque Fantasma*.

—Igualmente podrían botarse al agua el Barco de Valdeorras y el Barco de Avila.

—Y el Barco de Barcial.

—Y la calle del Barco, que hay en Madrid.

—Y Barcarrota...

—Hombre, no: nada de material inútil; es preferible arrojar al agua a un barquillero, para que naveguen los barquillos.

—Y el pueblo de Naves, que hay en Lérida.

—Pero ¿dónde iban a acogerse tantos buques en tiempo de paz, ó para huir de los temporales?

—Pues en Puerto Lápiche, Puertollano, el Puerto de Pajares, y el Puerto de Guadarrama.

—Hombre, yo tengo un amigo que se llama Lancha.

—Pues hay que traerle al estanque del Retiro, á ver si flota.

—Y habría que proporcionarse también torpederos y chalupas.

—¡Chalupas! ¡Chalupas!... Si fuera igual unas chalupas, pronto saldríamos del apuro aquí en Madrid.

M. OSSORIO Y BERNARD.

RECUERDOS TRISTES

(IMITACIÓN DE BLASCO)

De aquella capa que me compraron cuando al perdido Madrid llegué, y unos rateros me la *timaron*, por más que digan que la empené,

¡Ay, luz querida, capa perdida, toda mi vida me acordaré!

De aquella carta que era una sotal donde apuntaba lo que cobré, sin que ganase nunca una mota, perdiendo siempre lo que apunté,

¡Ay, luz querida, sota perdida, toda mi vida me acordaré!

De aquella tarde que, sable al brazo, en tu morada me personé, y al prepararte para un *sablás* tú me pediste para un café,

¡Ay, luz querida, tarde perdida, toda mi vida me acordaré!

De aquellos besos ¡oh prima mía! que en tus mejillas nunca posé, porque tu madre que nos veía, vino á impedirlos de un puntapié,

¡Ay, luz querida, prima perdida, toda mi vida me acordaré!

JUAN G. ARÉVALO.

EPIGRAMAS

No me explico el móvil fijo que indujera á Chasimodo á llamar burro, á su hijo, siendo así que ayer me dijo que se le parece en todo.

Há poco casó Tomasa con el guarda Juan Lasheras y le dijo á Nicolasa: —Chica, aquí tienes tu casa— (Vivé en la casa de fieras.)

MANUEL ARIAS.



Amigo Táboada:

Me han dicho que tomas parte en unas representaciones de aficionados que *se dan* en Pozuelo...

¡Cielos! ¿tú *quoque*? ¡Pues no has dicho tú pocos chistes de esas cosas!

Defiéndete, si puedes, en el número próximo,

¡A no ser que me haya engañado quien me dió la noticia! En cuyo caso, rectificaré con mucho gusto.

✱

Continúa *El Noticiero*

la delicada tarea de pedir que se persiga y se acoquine á la prensa.

A mí me habe mucha gracia el papel que representa el diario que defiende al Conde de la Romera.

✱

El colmo de la sastrería.

Pegar un botón de fuego con un hilo eléctrico enebrado en la aguja de Cleopatra.

✱

—¿Qué te ha parecido, Juan, mi estreno de anoche? ¿es bueno?

—Hombre, que con ese estreno no vas á estrenar gabán.

✱

Copio de un periódico de Cádiz:

«La atención de todos llama cierta revista taurina que se publicó en Cádiz quizás por algún pamplina...»

Eso es malo ¿verdad? Pues todavía se hacen cosas peores. Allá van:

«Otros que los picadores, aunque jóvenes, eran bravos y que se iban á ver algunos buenos puyazos...»

Pues hijo, V. aunque joven, no sabe dónde tiene la mano derecha.

Otra estrofa:

«Pero al publicar tal cosa tan sin razón y tan pronto daba á demostrar con eso el ser un lila ó un tonto...»

Aquí, ¡aquí es donde V. ha debido firmar, criatura!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. R.—Madrid.—No maneja V. bien el endecasílabo.

Sr. D. R. B.—Madrid.—Y sin embargo, no resultan del todo.

Sr. D. F. L.—Calatayud.—¿Eso es lo primero que V. hace? Porque se ve la inocencia.

Sr. D. J. P.—Málaga.—Se publicará una.

Sr. D. R. R.—Madrid.—Ni tengo gana yo de hacer el primo, ni tiene gracia el timo.

Sr. D. T. P.—Badajoz.—No carece de gracia, pero es algo incorrecta.

Sr. D. J. R.—Vitoria.—No sé cómo participarle una noticia horrible.

Resignación, amigo: eso es muy malo!

Sr. D. E. L.—Valladolid.—Regularcita, pero no me satisface del todo.

Sr. D. P. L.—Madrid.—Pero, hombre, eso es muy triste... ¡Ya que tenemos pocas calamidades encima!

Sr. D. N. L.—Santander.—Flojita; ¿por qué escoge V. décimas para hacer sus primeras armas? ¡Pues si eso es muy difícil!

Sr. D. L. V.—Valencia.—Se me figura no haber recibido la carta que indica. Pero le advierto que no puedo contestar particularmente ni devolver las composiciones. ¡No tenía mal trabajo! Si no se ha publicado la respuesta en esta sección, es porque no han llegado las cuartillas.

Sr. D. F. Lf.—Madrid.—Es un tantico vulgar.

Sr. D. E. C.—Digo lo mismo.

Sr. D. F. M.—Madrid.—La prosa no cabe. *Ainda* no se publica nada con iniciales.

Sr. D. F. T.—Madrid.—Dije aquello nada más en consideración á lo de *cazar*, pero merecía una contestación más fuerte, porque es muy malo. ¿Qué tiene que ver que sea V. pobre, y lo diga cien veces, para que se le inserten los versos malos?

Sr. D. D. R.—Madrid.—Tres quintillas... medianas las tres.

Sr. D. M. C.—Cádiz.—¡Tres meses le ha costado á V.? Pues, hijo, tardar... etc.

Sr. D. J. P.—Madrid.—Tiene V. razón, son *rarezas*, y no tienen gracia. Al ver su carta creí que era un oficio echándome una multa. ¡Como ahora nos están chinchando!

Sr. D. F. G.—Madrid.—Entran en turno sus epigramas.

Sr. D. R. M.—Madrid.—Se ha arreglado V. de manera que no se sabe si aquello es romance, ó son redondillas, ó qué diablos es.

Zesugo.—Madrid.—Señor Zesugo, no plugo;

no plugo, señor Zesugo.

Sr. D. E. A.—Madrid.—Aquí no se pegan más originales que los que pide la dirección, y si son medianos, como el de V., ni aun esos.

ECONOMÍA DOMÉSTICA



—¿Dos cafés?
—No, uno con dos cucharillas.

ANUNCIOS

LA CARICATURA

SEMANARIO HUMORISTICO

ILUSTRADO

POR NUESTROS PRIMEROS DIBUJANTES

SE PUBLICA LOS JUEVES

Regalo a los suscritores del «Madrid Cómico»

Número suelto..... 15 céntimo.

Ídem atrasado..... 25 "

ADMINISTRACIÓN, Cacería de los Angeles, 7, principal.

DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

COLECCIONES

	A los suscritores.	A los no suscritores.
	Pesetas.	Pesetas.

Madrid Cómico

Cada tomo de un año.....	8	10
Ídem id. encuadrado en tela.....	10	12,50

La Caricatura

Un número atrasado.....	0,25	0,25
-------------------------	------	------

Madrid Político

Colección de los 22 números publicados.	2	2,50
---	---	------

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Cacería de los Angeles, 7, principal.
DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO